rencia de esta ciudad particular, edificada para una sola existencia, el arquitecto romano distribuia segun la conveniencia del sitio, la pistrina, la palestra, los baños, las cuadras, los cuartos y las *ergástulas* (1) de los esclavos.

Bajo esta arquitectura suntuosa, exaltacion por la piedra de la vida humana, llevada á su supremo poder, el patricio romano se comunicaba, reclinado en su *triclinium* (2), con el mundo entero. Coronado de amaranto cogido en Egipto, servia á sus convidados en medio del rocío de perfumes de Arabia, que brotaba de las fuentes, el pavo real de Tasia, la miel de Hibla, el santonico de Saintonges, la cereza de Persia, las especias del Indo; bebia en bronce de Corinto amasado con todos los metales, como el imperio romano con todos los pueblos la sustancia de los continentes, mezclaba su carne con la carne de todos los países; hacia de su cuerpo el inmenso festin del mundo conocido; absorbia cada latitud, cada país en una molécula, para que cada latitud sobreviviera en su persona, como en la unidad suprema de todos los climas.

---

(1) Significa el calabozo ó cárcel donde los amos metian á los malos esclavos.—Tito-Livio. Lib. 2.—*Nota del Traductor.*

(2) Lugar donde se comia ó cenaba, llamado así porque habia tres lechos donde se reclinaban para comer.—Juv. Sat. 5.—*Nota del Traductor.*

CAPITULO XVII.

De este modo la civilizacion romana absorbia la vida del mundo entero. Esta vida, acumulada en sí misma, brotaba en el espacio y la duracion. Roma, exaltada por su grandeza, acabó por creer en su inmensidad y en su eternidad: se proclamó inmortal y universal por la voz de sus poetas; se creyó la figura celeste de la humanidad; se decretó la apoteósis; tomó en el cielo el nombre de la diosa *Roma*, y la tierra adoró á una nueva divinidad coronada de almenas.

Pero en medio de su gloria, el pueblo romano, presintió, como Alejandro, que se habia creido Dios despues de su sueño, que su jornada estaba acabada, y que iba á morir. Habia cumplido su mision. Habia conquistado los pueblos, los habia rodeado de un cinturon

de victorias, y sucesivamente los habia elevado unos tras otros, á su unidad: unidad de lengua, de administracion, de comunicacion, de legislacion, de escultura, de arquitectura. Habia arreglado las razas insociables bajo su disciplina, habia tenido en sus campos escuela abierta á la barbárie, habia preparado los espíritus aún salvajes, hasta el fondo de las selvas para la anunciacion de una idea.

Pero habia realizado la unidad puramente externa, geográfica, administrativa, militar de la humanidad. Esta idea de unidad, esta ascension, la más alta á que ha podido subir el talento, le dió vértigo. No se contentó con divinizar esta idea, bajo la figura de Roma, en una encarnacion de mármol y de bronce. Ofreció á la nueva divinidad un culto sangriento, é hizo correr la sangre de todos los continentes á la vez, en monstruosos holocaustos.

Arrojó en confusion en los abismos de los circos brillantes de oro y púrpura, verdaderos templos romanos, con el cielo por techo, los leones, los tigres, los hipopótamos, los rinocerontes, los cocodrilos, los elefantes, los Hunos, los Etiopes, los Scitas, los Partos, los Celtas, los Germanos, como en toneles sin fondo, en donde la carne de todas las razas vivas, arrancada en girones, amasada y devorada, pasaba por las continuas evoluciones de una trasubstanciacion perpétua. Renovaba con la sangre vertida á torrentes su pacto misterioso con la humanidad; amontonaba en sus combates de gladiadores hecatombes de víctimas, y dejaba correr la vena abierta de la humanidad como el agua de las fuentes. Y, sin embargo, de esta infatigable alquimia de pueblos y de animales derretidos y amasados juntos, no pudo salir la verdadera unidad. A pesar de la virtud misteriosa del sacrificio, á pesar del humo de la carne, que subia en columnas á la diosa *Roma*, el pueblo rey sintió sordamente palpitar en el fondo de su corazon una angustia fúnebre.

Por mas que escribia sobre la piedra su universalidad; por más que despachaba y llamaba ejércitos en sus caminos sembrados de arcos de triunfo, oia resonar aquí y allí las sordas explosiones de un próximo cataclismo; sentia continuamente el mundo moverse para escapar á su opresion; por su cabeza rodó melancólicamente esa paradoja de la historia que preparaba la disolucion por medio de la unidad; entrevió por vez primera la debilidad de su victoria, y se quedó aterrada de esta revelacion.

No habia podido aún entrar en el estudio del pasado, en la voluntad de la Providencia, para saber que toda civilizacion no es más que la profecía de otra civilizacion; que todo período es la preparacion de otro período; y que una vez agotado éste, la civilizacion debe morir en Roma como en Babilonia, sobre un lecho ajado y sangriento de crápula y de orgía.

Por eso de tiempo en tiempo, Roma levantaba en medio de sus desórdenes y de sus derramamientos de sangre, su cabeza cargada de la corona medio deshojada del festin, para dirigir una mirada de tristeza al horizonte. La tristeza es la sibila de las naciones. Cuando una elegía involuntaria brota del fondo de la conciencia, cuando la humanidad se lleva la mano al corazon con un grito de dolor; el reciennacido de un

mundo va á aparecer. La cierva se entristece y se aleja ocultándose entre las ramas, cuando siente por última vez un ser animado saltar en sus entrañas, y le dá á la luz en la soledad.

Un instinto precursor de la renovacion del mundo corrió en alas de todos los vientos, y de ola á ola del Mediterráneo. Aténas levantó un templo á los dioses desconocidos. Los pueblos se volvieron hácia Oriente; como si esperasen ver bajar una revelacion nueva en un rayo de la aurora. Y un dia una voz salió del mar y grito: el dios Pan ha muerto. El paganismo oyó esta voz y se extremeció por un vago presentimiento.

El mundo romano no habia conocido mas que la unidad del territorio; no habia alcanzado la del espíritu. Habia preparado el campo de la civilizacion; pero no habia recogido la mies de la idea. Y la idea es la que únicamente puede unir con solidez pueblos dispersos. El mundo romano estaba herido de impotencia. Sentia en sí mismo un vacío inmenso, que una creencia nueva debia llenar. Las olas lo decian, los oráculos lo anunciaban y las masas, mudas, con los ojos fijos en el cielo, interrogaban con avidez al espacio en medio de la inquietud y del temor, para ver las primeras el nuevo huésped que iba á venir en un trueno, y á marchar sobre la tierra acompañado de prodigios y milagros.

En medio de las continuas expediciones que Roma hacia para sostener su vigilancia sobre las naciones, se habia detenido un dia en sitiar una ciudad, en un desfiladero de montañas, en la confluencia de tres continentes. Pero cuando el ejército romano trazaba al

pié de las murallas, la primera línea de circunvalacion, una mano desconocida abrió la puerta de la ciudad á la caida de la noche, furtivamente en la sombra, y de esta sombra oculta á la mirada de los centinelas, un grupo de hombres desarmados, salió sacudiéndose los piés en el dintel de la ciudad que iba á hundirse y marchó con paso decidido á Occidente para conquistar en la misma Roma á los vencedores. Estos hombres eran los apóstoles; esta ciudad era Jerusalen.

Asentada como acabamos de decir en la confluencia de tres mundos, Jerusalen era el depósito de las mercancías de Oriente desde la caida de Babilonia. Era la opulenta estacion de la caravana siempre en marcha hácia tres horizontes, que traia, llevaba y distribuia al Este y al Oeste del imperio romano, oro, plata, ónice, lino, púrpura, seda, escarlata, sándalo, ébano, márfil, incienso, la flor de la harina, ovejas, caballos, carros y esclavos. Espansiva en su comercio, tenia continuamente para vender ó para comprar las dos manos de Asia y Egipto. Expedia á todas las tribus lejanas ó vecinas, colonias de mercaderes. La ley de Moisés proscribia de judío á judío el interes sacado del préstamo y del dinero y obligaba á la poblacion comerciante de Judea á emigrar, para levantar sobre las demas naciones el diezmo de sus tesoros. Israel fué de este modo y por voluntad de Moisés, el banquero cosmopolita de Oriente.

Pero si emigraba voluntariamente entre los pueblos extranjeros para darle su crédito con usura y hacer el corretaje del comercio, esta espansion pasajera, esta simpatía mercantil, ocultaba un profundo sentimiento

de personalidad y de antipatía hácia las demas civilizaciones. La raza judía era, ó al ménos queria ser, una civilizacion impenetrable, inviolable á las ideas como á las influencias extrañas. Cuando habia levantado tributo sobre las ciudades por medio del despojo amistoso de la usura, volvia cargada de botin á su intrincado laberinto de rocas. Allí detras de una triple muralla de acrópolos escalonados, desafiaba á las tentativas de la conquista. La Judea era una fortaleza perpétua, que deshecha aquí se levantaba un paso más allá ante la faz de los ejércitos. Hubiera sido preciso todo el poder romano para tomar por asalto estas almenas macizas rodeadas de montañas.

El pueblo judio habia tenido su destino en la intriga misteriosa de la historia. Despues de haber atravesado todos los puertos de la humanidad, como si fuese el representante del progreso en un espacio limitado; despues de haber pasado el estado frugívoro del Eden, el estado cazador, el patriarcal, el agrícola, despues de haber adorado á Moloc el dios terrible, y practicado los sacrificios humanos, habia llegado bajo la direccion de Moisés, al estado civil, y al culto de Dios único, absoluto, universal, inclinado desde lo alto del firmamento sobre la tierra, y abrazándola toda entera con un solo abrazo.

Sin duda alguna, aun llevaba Jehovah, impresa en su faz, la marca del dios vencido, de Moloc. Era el dios terrible, el dios envidioso, el dios de los ejércitos y de las catástrofes. Pero era el Dios único, y este Dios único era para el alma del hombre, un inmenso suceso. La Persia en un movimiento de progreso sobre la

India, habia podido colocar en vez de Ahriman. el dios malo, al dios bueno Ormutz y el Egipto á Osiris en vez de Tifon. Habian podido hacer uno y otro pueblo del dios malo, un dios de paso, un principio de negacion desnudo destinado á desaparecer el dia del juicio final. Las dos teologías, sin embargo, habian dejado subsistir el dualismo, el antagonismo de la idea de divinidad con todas sus consecuencias y sus aplicaciones en la sociedad.

La Judea, colocada entre la Persia y el Egipto, en la columnata de estas dos religiones, sacó de sus dogmas la verdad que las dos madres orientales de la civilizacion habian entrevisto confusamente, y que no habian formulado. Creó la unidad de Dios, y cuando hubo escrito sobre el bronce esta preciosa idea que debia engendrar la unidad del género humano, la depositó en el fondo de una arca, en el santuario, como la promesa, como la redencion de los siglos futuros, sobre la montaña de Sion, en el cielo fuera de los alcances y de los insultos de los conquistadores. Moisés dió á su raza una alma enérgica, por la sábia educacion de sus leyes, y la llevó á una roca, para esconder allí como en un nido, la alta nocion de la Divinidad. El pueblo judío permaneció fiel á su mandato. En medio del politeismo que se desbordaba por todas partes, guardó su concepcion de un Dios único, enteramento único; omnipotente y esparcido por la inmensidad del universo.

Esta concepcion durmió pacíficamente bajo la triple cubierta de plata del tabernáculo, hasta que Roma, al hacer del mundo un solo pueblo, preparó la

hospitalidad para su Dios, único en el universo. Pero la nocion de un Dios abstracto, de un Dios espíritu que llena con su presencia invisible el abismo del espacio, entre el cielo y la tierra, podia convenir á los que emigraban por las llanuras desnudas y vacías de Arabia. No podia bastar á las imaginaciones ricas y pobladas de imágenes de los habitantes de Grecia y de Italia acostumbrados á ver la divinidad bajo formas definidas, sensibles á la mirada.

Si la fórmula, puramente metafísica del Jehovah hebreo, no se hubiera revestido de la apariencia exterior de una leyenda, hubiera quedade eternamente sepultada en el santuario de Jerusalen. Para brillar sobre el mundo debió tomar un cuerpo, y atravesar la inevitable prueba de antropomorfismo.

Hé aquí lo que sucedió el dia que esta encarnacion divina se cumplió en la noche del misterio.

Una estrella misteriosa, dice el texto, se levantó en Oriente, despertó á los magos del sueño pesado de sus antiguos dogmas, y los condujo al resplandor de su fanal, más allá de las llanuras, más allá de los montes, á la puerta de un establo de Belen. A la misma hora una voz gritaba en el aire á los pastores dormidos al rededor de la ceniza medio consumida de su hoguera, y los enviaba á saludar una natividad misteriosa á la puerta del mismo establo; de modo que por una concordancia maragillosa, los reyes y pastores, primeras revelaciones y primeras inclinaciones, se citaban, desde las dos extremidades del mundo, al rededor de una cuna, como para abdicar á los piés del reciennacido el régimen de la casta y de la barbarie.

Este reciennacido era el Mesías, anunciado por los profetas, hijo de una vírgen, bendito en sus entrañas. Nacia en un pesebre entre el buey y el asno; para reasumir por última vez el mundo agricultor y el mundo pastor. Escapó con su huida á Egipto á la degollacion de los niños, premeditada y ordenada para ahogar con su sangre la nueva revelacion. Debia de este modo confundir en su leyenda los dos nombres sagrados de la Persia y del Egipto.

Enviado de Dios, dice él mismo, como iba á vivir poco en la tierra, se anticipaba á los años para cumplir su mision. Desde su adolescencia fué á desafiar al templo la ciencia de los doctores. Asustó á los sábios con lo extraño de su palabra. Hasta entonces la teología habia representado á Dios bajo la riqueza y el esplendor; habia prodigado el oro y la púrpura para vestirle; habia llamado á los poetas para cantar sus alabanzas; habia sembrado himnos sobre sus pasos y quemado en su templo perfumes.

Pero hé aquí un Dios humilde y bueno, de cabellos rubios, vestido con túnica y calzado con la sandalia del viajero, que llamaba á sí á los últimos entre los últimos, á los pobres y á los proscritos. La primera frase que brotó de sus labios fué esta, que debia trastornar el mundo: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» Y efectivamente, él es el Dios del sufrimiento, el Dios de la pobreza, y donde quiera que hay una alma oprimida, una alma hollada, hay una voz que responde á sus quejas; afligido voluntario para consolar la afliccion, cuenta una conversion escrita anticipadamente en cada infortunio.

Él levanta á la pecadora, él absuelve á la adúltera, él elige su auditorio, sus apóstoles entre los obreros, entre los pescadores; él perdona á la cananea; él glorifica al samaritano; él cura á los ciegos, sana á los cojos, resucita muertos, multiplica el pan y el vino, para comunicar en mayor abundancia de vino con la muchedumbre; él convoca, en fin, en su sublime testamento á todos los desheredados de la tierra para heredarle; vive con los pequeños y los abandonados. Ha venido á la tierra sin mas patrimonio que su palabra, y tiende la mano para pedir alimento á aquellos á quienes ha alimentado de inmortalidad.

Impone su indigencia voluntaria y heróica á sus discípulos. Les prohibe hasta la tentacion de propiedad. No poseereis, les dice, ni palo, ni manto, ni viático, ni sandalia. Cuando tengais hambre y sed llamareis á la primera puerta que halleis en vuestro camino, y direis al entrar: «Que la bendicion de Dios caiga sobre el dueño de esta casa.» Si el dueño os acoge, su casa será bendita; si os rechaza, en verdad os digo que su techo será maldito, y que no habrán caido sobre Sodoma y Gomorra mas olas de fuego.

Así despojaba á los propagadores de su palabra de todos los lazos de la carne, para arrojarlos sobre el imperio romano libres y hambrientos de propaganda. Les dió un mundo entero que devorar, como á los leones hambrientos, pero leones pacíficos de amor. No dejaba sobre el hombre á quien hablaba mas que la inmensa pasion de la caridad.

Y cuando un jóven entusiasta, rico en bienes de la tierra, pero encantado de su doctrina, venia á pedir

un puesto en el banquete de sus discípulos; «Vende tus bienes,» le decia Jesus. El jóven se alejaba triste, y Jesus no le llamaba á participar de su intimidad. Pero volviéndose á sus discípulos les decia: «En verdad os digo que el rico no entrará á mi reino.»

Porque el Cristo prometia su nuevo reino á los compañeros de pensamiento. Encima de la patria del dolor, señalaba con el dedo otra patria.

Y para enseñar el primero el pase de este valle de lágrimas á una vida mejor, debia despreciar la tierra, debia morir. Aceptó hasta la inmolacion de su vida, la consumacion de su palabra. Y sin embargo, tuvo su velada de angustia en el huerto de las Olivas. Separó con su mano el ángel de la agonía. Una lágrima cayó de sus ojos divinos. Esta lágrima divinizó el sufrimiento, puesto que Dios habia sufrido.

Cayó como un rocío celeste sobre el seco corazon de la humanidad. Un soplo de frescura cruzó la atmósfera, y el esclavo, doblado por el trabajo, sintió caerse el peso de sus cadenas.

Cristo subió á la cruz é inclinó en la muerte su cabeza coronada de espinas. Durmió así en la tierra un minuto desde lo alto del Calvario, bajó despues al sepulcro y volvió á subir al cielo en apoteósis.

Pero el dia de esta tragedia divina, miéntras brotaba un sudor de sangre de la frente de Jesus, un suspiro salió de las profundidades del espacio, y sacudió la montaña de Sion y rasgó el velo del templo.

Algunos años despues, el ariete romano estaba á las puertas de la Judea, y no quedaba piedra sobre piedra

de la ciudad preferida entre todas, la que se habia llamado Jerusalen. Las profecías se habian cumplido; el águila habia roto el huevo de la doctrina.

Los cristianos, al salir de Jerusalen, se dieron un beso de paz y tomaron el camino del Poniente. Dirigidos por ese secreto instinto, que guia las emigraciones de ideas, como emigraciones de palomas, por caminos ciertos á través de la extension, fueron siguiendo las olas adormecidas del Mediterráneo, primero á Grecia, despues á Italia. Acabaron en Roma la educacion del apostolado por las persecuciones, y cuando estuvieron aptos para los combates, atravesaron los Alpes y entraron en la Galia. Allí se detuvieron á orillas de este Océano, profeta murmurador que debia llevar más tarde el cristianismo más lejos, más allá del horizonte, detrás del vacío, en el surco de fuego que trazaba el sol poniente. Prepararon sobre esta tierra predestinada el sitio para otra civilizacion.

En el momento en que la idea de Oriente traida por los magos desde el pesebre de Belen, y trasfigurada por el Cristo sobre el Tabor, abordaba en la Galia aún salvaje y desnuda, por el camino del Mediodía; la raza del extremo Oriente que habia tomado, durante sus largas peregrinaciones, el nombre de Germania, venia por el camino del Norte, á través de intrincadas selvas, á tomar su parte en el suelo galo.

De modo que la idea y la raza, salidas de la misma cuna, hermanas de leche en la noche de los tiempos, encaminadas cada una por su senda, acababan por encontrarse de nuevo, en los siglos de los siglos, y reconocerse en su misterioso parentesco. Se unian á través de los tiempos, y de los espacios, despues de haber reclutado todos los dogmas hallados al paso, para realizar á medias una civilizacion más poderosa en una unidad más grande.